

El libro es Sagrado

Bernardo Ellefsen

Con la "Bio-Bibliografía Boliviana" del año 2000, los autores Rita Arze y Werner Guttentag han escrito un libro sobre libros. Títulos, temáticas, autores y editoriales son enunciados en orden alfabético, compendiando lo publicado en Bolivia entre 1997 y el año 2000, más los libros que en ese lapso se publicaron en el extranjero referidos al país.

Un libro sobre libros es una guía práctica sobre lo que se conservará escrito sobre la realidad nacional sobre qué se hizo y pensó no sólo durante el lapso de cuatro años de estas publicaciones, sino lo que se vio desde este tiempo hacia el pasado. De modo que esta obra bio-bibliográfica es una síntesis para la conservación de un tiempo para las generaciones futuras.

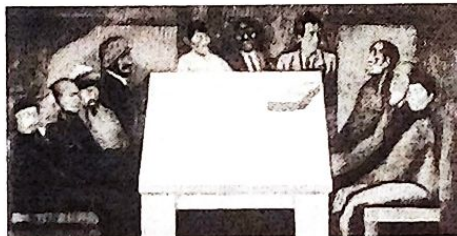
Periódicamente oímos la expresión "el libro es sagrado", que condensa un sentir reverente que tenemos los que amamos la cultura hacia el papel con tinta empastado. Esto merece una disquisición.

En lo que sabemos, los pueblos prehistóricos, no tuvieron libros; por eso vivieron antes de la historia. Y no es que para esos pueblos no hubiese historia. ¡Claro que la hubo! Guerras, migraciones, cambios idiomáticos, culturales, artísticos y mitológicos jalonaron la historia de la prehistoria. Pero no fueron recordados. Pasaban las generaciones y los sucesos eran olvidados. Sin libros, la historia se perdía y esfumaba en la prehistoria. Aún así los pueblos estaban ávidos de conocer sucesos, en los que guerras, actos heroicos, viajes, dioses inmortales y amores mortales se entremezclaban como crónicas de guerras con viajes novelados y amores de estrellas de la realeza. Cuando los griegos sentaron su pasado en los libros, se plasmó la *Iliada* y la *Odisea*. Pero antes de la guerra de Troya y los viajes que se atribuyó a Odiseo los bardos cantaron el ciclo de la guerra de "los 7 contra Tebas" y los periplos de los argonautas. No quedaron bien hilados los cantos sobre estos sucesos, pero el recuerdo difuso fue recogido por los dramaturgos en el período griego clásico. ¿Y antes, no hubo guerras y periplos de los navegantes? Claro que los hubo; los arqueólogos están convencidos que el tercer milenio antes de la era común fue un tiempo de grandes navegaciones por los mares y ríos que ciñen Europa.

Los germanos del centro de Europa conservaron un canto sobre su pasado, la canción de los Nivelungos, en la que, junto con materiales mitológicos—como es el ciclo de Sigfrido, su espada Balmung y el dragón—, se entremezcló el recuerdo de un gran suceso, que fue la muerte del noble rey Etzel de los hunos y la de los reyes burgundios. La historia se desvanecía en los mitos de la prehistoria. El noble Etzel no era otro que Attila, muerto en su boda con una princesa burgundia, cuyos hermanos habían perecido en una gran batalla contra los hunos. Y por ahí pasaba en la épica Dietrich de Berna, que en origen no fue otro que el bien recordado Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, cuya tumba se conserva en Rávena, convertida en Berna en la canción. Y unos siglos más y el recuerdo del rey Teodorico se hubiese esfumado para siempre, de no haber habido entonces, paralelamente, una verdadera historia escrita.

Miles de generaciones recordaron por unos pocos siglos sus propias historias, que luego desaparecieron para siempre. En el caso de Bolivia, bien podemos pensar que su época de mayor esplendor político y cultural fue durante el primer milenio de esta era, cuando piedras que quedan de los edificios ceremoniales de Tiawanaku nos hablan en su lenguaje mudo, del poder y del saber de gente de un nivel de la humanidad que los arqueólogos denominan "el bronce antiguo". Como los egipcios con sus pirámides y los mesopotamios con sus zigurats, los tiawanakotas en sus edificios y en su arte hierático plasmaron su existencia para los milenios venideros. ¿Pero qué sabemos de la historia de Tiawanaku, de sus reyes, reinas, estructuras sociales, conquistas y de sus conocimientos y mitos? Casi nada, lo poco que sabemos es sobre datos aislados, que nos permitirán tener una vaguísima idea de esa civilización.

Antes que exista el libro, con sus hojas apiladas y empastadas, el pasado histórico estuvo condenado a esfumarse en el olvido de la prehistoria. Para conservar una síntesis del pasado humano se recurrió a la mitología. Encapsulado en forma de cuentos, más o menos breves, se condensó el recuerdo del pasado. Los mitos son hermosos, pero oscuros para entenderlos. Actualmente no se los entiende si no es en algunos detalles. Y no es que sólo



nosotros no entendamos la mitología, particularmente la que se conservó entre los griegos y en la primera parte del Génesis Bíblico, sino que los propios antiguos tenían dificultad en entenderla. Para tener verdadera comprensión se requerían de sabios que la explicasen, y los sabios fueron escasos. Pero el inconsciente es poderoso, y cuando el mito no podía ser comprendido suplía esta ignorancia la hermosa narración que llegaba a lo profundo de la mente. ¿Adán no es real y el paraíso añorado? En un paraíso verdea la floresta, el clima es benigno y la gente desnuda; entonces pensamos en Tahití, en Gaugin, en "La Laguna azul".

Para conservar los grandes mitos de la humanidad se creó una historia sacra. Incluso las narraciones sobre la formación de las religiones en anteriores milenios, con la vida de santos varones, fue una historia sacra. La sacralización ha sido el instrumento para conservar lo que será destruido por el olvido. Una historia considerada llena de significado y que debe conservarse a toda costa, es una historia sagrada. Las reliquias son el testimonio material de la existencia de personas de especial significado, por eso son sagradas. Las lenguas del pasado, para que no se pierdan, tienen que convertirse en lenguas litúrgicas; son lenguas muertas pero santas, como el sumerio lo fue para los babilonios, el hebreo durante más de dos milenios y también el latín. El matrimonio se disuelve por el olvido, la infidelidad e inevitablemente por la muerte; para afianzarlo muchas sociedades santificaron los lazos matrimoniales. Por excelencia, la santificación es social, para dar permanencia a leyes, instituciones, matrimonios y recuerdos, que pueden ser desechados y olvidados.

Todos morimos; lo natural es que, pasadas unas generaciones, nadie se acuerde de nosotros. En la actualidad podemos tener la casi certeza que el registro civil recordará nuestra presencia en la tierra y así serviremos para las estadísticas demográficas del futuro. La muerte, el olvido, la destrucción del pasado, son la marca de la naturaleza. El borrar el pasado es un designio de la entropía en la vida. En el mundo del acontecer físico reina la segunda ley de la termodinámica, con una soberanía lejana pero indiscutida. Toda energía después de mucha vida se termina apagando y nivelando como las tumbas. Siguiendo la teoría einsteiniana, la misma expansión del universo se detendrá en un lejano futuro, con esa lejanía propia de la experiencia astronómica. Entonces, siempre con su lentitud astronómica, el universo iniciará su contracción entrópica, hasta concentrarse en forma absoluta y reanar en una nueva explosión, como un sueño de Brama en la mitología india.

Es la teoría del big-bang.

Pero los físicos contemporáneos, aquellos que se dedican a los misterios del universo y que son los modernos y verdaderos teólogos materialistas, sostienen que la realidad subatómica es distinta que la atómica: es decir, los principios que rigen en el mundo que conocemos, compuesto de átomos, de moléculas y de energías, no rigen para las partículas que componen los átomos. Aquí las leyes son cuánticas, entre las que no codifica en ningún texto la segunda ley de la termodinámica. Nosotros vivimos en un mundo de cuatro dimensiones, como las artes plásticas. Hay puntos y líneas, que son de la primera dimensión; hay planos, que son la segunda, hay masas, que son de la tercera; y el tiempo, señor de cones y de nuestras vidas, es la cuarta dimensión, como en las películas. Pero el mundo de las partículas cuánticas tienen otras dimensiones, que son más y además distintas. Se discute cuántas son estas dimensiones subatómicas, como se discute cuántas declinaciones hay en quichua. Es por esta distinta configuración del mundo de los cuantos que se explica el principio de la indeterminación de Heisenberg. No es que sea un principio ilógico, como muchos han pensado, sino que funciona en un mundo material regido por otra lógica, porque propiamente es otro mundo material. Y como allí no existe la segunda ley de la termodinámica, se sospecha que es un universo donde la materia y la energía se crean lenta e imperceptiblemente. Y tal tiene que ser así, si se trata de partículas ínfimas en relación a los átomos. Y además de ínfimas, difíciles de entender, como lo ha señalado Heisenberg, se mimetizan indeterminadamente entre que son partículas y energías. Quizá, nos dicen los físicos, si es así, quizá el universo se expanda infinitamente, es un infinito crecimiento de la materia y consecuentemente del espacio einsteiniano en un universo de sí infinito y no einsteiniano. Como un globo cuya superficie bidimensional se expande al inflarse por crecimiento de su superficie; un universo así aleja sus partes infinitamente, en un ininterrumpido corrimiento hacia el rojo espectral.

Pero si fuese cierto que la creación de la materia es un fenómeno infinito y constante, por efecto del universo cuántico que fungiría de creación divina, esa creación dominaría a la negación también perseverante de la segunda ley de la termodinámica. Pero sea así o sea así, lo cierto es que todo lo que no es santificado es olvidado. Por eso el libro es sagrado, porque es la santificación del recuerdo humano. Cuando Heródoto escribió sus doce libros de la historia, plasmó para la humanidad un retazo de historia, incluso con los hechos de los persas, cuyo gran imperio hubiese sido olvidado como el de Tiawanaku. Para la misma época los chinos plasmaron su pasado de los pocos siglos recordados entonces. Se inició la conversión de la historia humana a los libros. Y se escribieron libros de versos, de lenguaje, de arquitectura, de filosofía, de medicina y finalmente de cocina. El quehacer humano ha pasado al recuerdo de las bibliotecas. Por esos los libros y bibliotecas son sagrados.

La bio-bibliografía boliviana engloba para el lector y el estuudio contemporáneo lo que requerirá el del futuro; qué se ha escrito en Bolivia y sobre Bolivia. La historia, el pensamiento, las preocupaciones y hasta las recetas de cocina—last but not least—de nuestra sociedad se conservarán para el futuro. En esta era industrial a los libros se han sumado las fotografías, los films, los videos y también los registros de computadoras. Son bastante más instrumentos recordatorios que las imágenes esculpidas y pintadas del pasado, o que los monumentos imponentes pero mudos. Pero así como la palabra, en narraciones y cantos, fue el instrumento no grabado de la prehistoria, ahora el libro permanece como la grabación compacta y perdurable del papel con tinta.

Bernardo Ellefsen. Presidente del PEN Club Internacional Bolivia. Artículo presentado en la entrega de la Bio-Bibliografía Boliviana 2000, en el Centro Simón I. Patiño.